

dice el médico, la tendré enferma lo menos un año. Se casa uno con una mujer bonita, y se afea; se casa uno con una muchacha llena de salud, y se vuelve enfermiza; cree uno llevar una mujer apasionada, y resulta fría; y la que nos parece fría es realmente tan apasionada, que nos mata ó nos deshonra. La criatura que parece más dócil y más amable, resulta terca y caprichosa, no dándose el caso nunca de que la caprichosa y testaruda se vuelva amable. La muchacha que es débil y complaciente, despliega pronto contra el marido una voluntad de hierro y una intención endemoniada. En una palabra, que estoy cansado del matrimonio.

—¿Del matrimonio, ó de tu mujer?

—Eso sí que sería difícil. A propósito, ¿quieres venir á Santo Tomás de Aquino á ver el entierro de lord Grenville?

—¡Singular pasatiempo! Pero ¿se sabe ya decididamente la causa de su muerte?—repuso Ronquerolles.

—Su criado asegura que permaneció una noche entera en el exterior de un balcón, para salvar el honor de su querida, ¡y como hace un frío tan endiablado estos días!...

—Esa abnegación será muy estimable en nosotros, que somos viejos; pero lord Grenville era joven y... por añadidura inglés; y estos ingleses quieren siempre singularizarse.

—¡Bah!—respondió Aiglemont—esos rasgos de heroísmo dependen de la mujer que los inspira, y seguramente que no era la mía la causa de la muerte de ese pobre Grenville.

II

SUFRIMIENTOS INAUDITOS

Entre el río Loire y el Sena se extiende una vasta llanura rodeada por el bosque de Fontainebleau y por los pueblos de Moret, Nemours y Montereau. Este árido país no ofrece á la vista más que raros montículos, y á intervalos, en medio de los campos, algunos trozos de bosque que sirven de retiro á la caza, terminándolo después por todas partes esas líneas grises ó amarillas propias de los horizontes de Solonia, de la Beauce y del Berri. En medio de esta llanura, entre Moret y Montereau, el viajero ve un antiguo palacio lla-

mado Saint-Lange, cuyos alrededores no carecen de grandeza ni de majestad. Posee magníficas avenidas de olmos, fosos, altos muros que lo cercan, jardines inmensos y las vastas construcciones señoriales que sólo pudieron ser construídas gracias á los productos de las exacciones, á los cortijos generales, á las conclusiones autorizadas, ó á las grandes fortunas aristocráticas destruídas hoy por el Código civil. Si algún artista ó algún soñador llega á perderse por casualidad en los caminos ó en las tierras que rodean los contornos de este país, se pregunta por qué capricho poético fué construído este palacio en aquella sábana árida, en aquel desierto de greda, de marga y de arena, donde la alegría muere, donde la tristeza nace infaliblemente y donde el alma se ve incesantemente fatigada por la silenciosa soledad y por el monótono horizonte, bellezas éstas negativas, pero favorables á los sufrimientos de los que no quieren consuelo.

Una joven, célebre en París por su gracia, por su figura y por su talento, y cuya posición social estaba en armonía con su gran celebridad, fué á establecerse allí á fines del año 1820, con gran asombro de los habitantes de la aldea, situada á una milla próximamente de Saint-Lange. Desde tiempo inmemorial, los cortijeros y los aldeanos no habían visto que el palacio tuviese dueño. Aunque el producto de esta tierra era considerable, estaba entregada á los cuidados de un administrador y guardada por antiguos criados. Esta es la razón de que el viaje de la señora marquesa causase una especie de asombro en todo el país. Varias personas estaban agrupadas al extremo de la aldea en el patio de una mala posada situada en el cruce de las carreteras de Nemours y de Moret, para ver pasar una calesa que iba con bastante lentitud, pues la marquesa venía de París con sus propios caballos. En la delantera del coche, la camarera llevaba una niña más bien melancólica que alegre. La madre yacía en el fondo del coche, cual si fuese una moribunda enviada por los médicos al campo. La abatida fisonomía de aquella joven delicada dejó muy poco satisfechos á los políticos de aldea, á los cuales, la llegada de la marquesa á Saint-Lange había hecho concebir la esperanza de que produjese algún movimiento en la comarca. Ahora bien, era indudable que cualquier especie de movimiento había de ser profundamente antipático á aquella mujer enfermiza.

La cabeza más privilegiada de Saint-Lange declaró por

la noche, en la taberna, que, á juzgar por la tristeza que denotaban las facciones de la marquesa, ésta debía estar arruinada, y que, en ausencia del señor marqués, el cual, según decían los periódicos, tenía que acompañar al duque de Angulema á España, iba á economizar á Saint-Lange las sumas necesarias para el desquite de las pérdidas que habían ocasionado las especulaciones hechas en la Bolsa. El marqués era uno de los mayores jugadores. Es fácil que la tierra se vendiese en pequeños lotes, y todo el mundo debía pensar en ir contando los escudos, en sacarlos del escondite y en medir sus recursos, á fin de tener su parte en la distribución de Saint-Lange. Este porvenir les agradó tanto, que cada uno de los notables, impaciente ya por saber si era ó no fundado, pensó en los medios de saber la verdad por medio de los criados del palacio. Pero ninguno de éstos pudo arrojar luz alguna respecto á la catástrofe que traía á su ama, á principios de invierno, á su viejo palacio de Saint-Lange, teniendo, como tenía, otras tierras célebres por su alegre aspecto y por la belleza de sus jardines. El señor alcalde fué á ofrecer sus respetos á la señora, pero no fué recibido; y después del alcalde se presentó el administrador, sin lograr ser más feliz en su empresa que el primero.

La señora marquesa no salía de su habitación nada más que para que la limpiasen y arreglasen, permaneciendo entretanto en un saloncito vecino, donde comía, si se puede llamar comer al acto de sentarse á una mesa, mirar todos los platos con disgusto y tomar de ellos la dosis absolutamente necesaria para no morir de hambre. Después, volvía inmediatamente á la antigua poltrona, donde, desde por la mañana, se sentaba delante de la única ventana que daba luz á su cuarto. No veía á su hija más que durante los cortos instantes que empleaba en la comida, y aun en estos instantes le parecía que le costaba trabajo sufrirla. ¿No era preciso que aquella joven tuviese inauditos dolores, para que así destruyesen su sentimiento de madre? Ninguno de sus criados podía llegar hasta ella. Su camarera era la única persona cuyos servicios la satisfacían. Exigió un silencio profundo en el palacio, y su hija tenía que ir á jugar lejos de ella. Le era tan difícil soportar el menor ruido, que toda voz humana, hasta la de su hija, la impresionaba desagradablemente. La gente del país se ocupó mucho de aquellas rarezas, pero una vez que todas las hipótesis posibles fueron

hechas, ni la gente de los alrededores ni los aldeanos se ocuparon ya más de aquella mujer enferma.

La marquesa, entregada á sí misma, pudo permanecer completamente silenciosa en medio del silencio que había establecido en torno suyo, sin que tuviera necesidad de abandonar el cuarto cubierto de tapices, donde murió su abuela y adonde ella había ido para morir allí tranquilamente, sin testigos, sin importunidades y sin sufrir las falsas demostraciones de los egoísmos disfrazados de cariño, que, en las ciudades, proporcionan á los moribundos una doble agonía. Esta mujer tenía veintiséis años. A esta edad, una alma llena aún de poéticas ilusiones encuentra gusto en saborear la muerte, cuando ésta le parece bienhechora. Pero la muerte para los jóvenes tiene su coquetería: avanza y se retira, se muestra y se esconde; su lentitud los desencanta de ella, y la incertidumbre que les causa su porvenir acaba por empujarlos de nuevo hacia el mundo, donde han de volver á encontrar el dolor, que, más implacable que la muerte misma, los hiere sin dejarse esperar. Pero aquella mujer que se negaba á vivir, iba á experimentar la amargura de estos letargos en el fondo de su soledad, y á hacer allí, en medio de una agonía moral, á la que la muerte no había de poner fin, un terrible aprendizaje del egoísmo que había de desflorarle el corazón y modelarlo para el mundo.

Esta cruel y triste esperanza es siempre el fruto de nuestros primeros dolores. La marquesa sufría verdaderamente, por la primera, y, sin duda, por la única vez de su vida. En efecto, ¿no sería un error el creer que los sentimientos se reproducen? Una vez que han brotado, ¿no existen siempre en el fondo del corazón? Se calman ó se excitan según sean los accidentes de la vida; pero permanecen siempre, y su permanencia modifica necesariamente el alma. Por eso, todo sentimiento no tendrá más que un gran día, y éste es el día más ó menos largo de su primera tempestad; por eso, el dolor, que es el más constante de nuestros sentimientos, no se muestra vivo y animado más que en su primera irrupción, y sus demás ataques van debilitándose, ya porque nos vamos acostumbrando á sus crisis, ó ya por una ley de nuestra naturaleza, que, para mantener á ésta viva, opone á aquella fuerza destructiva una fuerza igual, pero inerte, hija de los cálculos del egoísmo. Pero, de todos los sufrimientos, ¿á cuál pertenecerá el nombre de dolor? La pérdida

de los padres es una pena para la cual la naturaleza ha preparado á los hombres; el mal físico es pasajero, no alcanza al alma, y si persiste, ya no es un mal, sino que es la muerte. Si una joven madre pierde á un recién nacido, el amor conyugal no tarda en procurarle un sucesor. Esta aficción es también pasajera. En una palabra, que estas penas y muchas otras semejantes, son, en cierto modo, golpes, heridas; pero ninguna afecta á la vitalidad en su esencia, y es preciso que se sucedan de un modo extraordinario para que lleguen á matar el sentimiento que nos empuja á buscar la dicha. El dolor grande y verdadero sería, pues, el producido por aquel mal que fuese bastante mortífero para poder matar de una vez el pasado, el presente y el porvenir, que no dejase íntegra ninguna parte de la vida, que desnaturalizase para siempre el pensamiento, que se inscribiese inalterablemente en los labios y en la frente, y que rompiese é inutilizase los resortes del placer, dotando el alma de un principio que la hiciese sentir más ó menos repugnancia por todas las cosas de este mundo. Y aun así, para ser inmenso, para pesar sobre el alma y sobre el cuerpo, este mal tendría que llegar en un momento de la vida en que todos las fuerzas del alma y del cuerpo estuviesen vírgenes. El mal causa entonces una gran llaga, y el sentimiento es tan grande, que ningún ser puede salir de esta enfermedad sin algún poético cambio: ó toma el camino del cielo, ó, si permanece aquí abajo, entra en el mundo para engañarle y desempeñar en él un papel, toda vez que conoce ya los bastidores adonde tiene que retirarse para calcular, llorar y bromear. Después de esta solemne crisis, deja de tener ya misterios la vida social, la cual queda, desde entonces, irremisiblemente juzgada. En las mujeres jóvenes que tienen la edad de la marquesa, este primero y punzante dolor tiene siempre por causa un mismo hecho. La mujer, y sobre todo la mujer joven, tan grande de alma como de hermosura, no deja nunca de poner su vida allí donde la naturaleza, el sentimiento y la sociedad la inclinan á ponerla. Si esta vida llega á faltarle, y ella sigue permaneciendo en la tierra, sufre los más crueles dolores, por lo mismo que el primer amor es el más hermoso de todos los sentimientos. ¿Por qué no ha habido nunca pintor ni poeta que supiera describir esta desgracia? Pero ¿es que acaso puede pintarse ni cantarse? No, la naturaleza de los dolores que engendra se niega al

análisis y á los colores del arte. Por otra parte, estos sentimientos no son nunca confiados por las mujeres que los sufren. Para consolar á una mujer de ellos es preciso saber adivinarlos, porque, amargamente abrazados y religiosamente soportados, permanecen en el alma, como permanece el torrente en el valle, arrasando antes cuanto encuentra á su paso.

La marquesa era entonces presa de esos sufrimientos que permanecen mucho tiempo desconocidos, porque todo en el mundo los condena, mientras que el sentimiento los acaricia y la conciencia de una mujer los justifica siempre. Ocorre con estos dolores como con esos hijos desgraciados que están unidos al corazón de las madres con lazos más fuertes que aquellos de que nacieron felizmente dotados. Sin esta espantosa catástrofe, que mata cuanto hay de vida fuera de nosotros, no habría sido nunca tan viva, tan completa y tan cruelmente agrandada por las circunstancias, como acababa de serlo para la marquesa. Un hombre amado, joven y generoso, á cuyos deseos no había accedido ella por obedecer á las leyes del mundo, había muerto por salvarle lo que la sociedad llama el *honor de una mujer*. ¿A quién podía decir ella: «¡Sufro!»? Sus lágrimas hubieran ofendido á su marido, causa primera de la catástrofe. Las leyes y las costumbres proscibían sus quejas: una amiga se hubiese gozado en ellas; un hombre hubiera querido especular con el secreto. No, esta pobre afligida no podía llorar á su gusto más que en un desierto, devorando allí su sufrimiento ó siendo devorada por él, muriendo ó matando algo en su interior, aunque este algo fuese su conciencia. Hacía ya algunos días que permanecía con los ojos fijos en un horizonte llano, donde, lo mismo que en su vida futura, no había nada que buscar y nada que esperar, donde todo se abarcaba con una sola mirada y donde encontraba las imágenes de la fría desolación que desgarraba incesantemente su corazón. Mañanas nebulosas, un cielo iluminado por débil claridad y nubes que tocaban casi en tierra, eran cosas que convenían á las distintas fases de su enfermedad moral. Su corazón no se oprimía, no estaba más ó menos marchito; no, su naturaleza fresca y florida se petrificaba con la lenta acción de un dolor intolerable, por lo mismo que no tenía objeto. Sufría por ella y para ella. Sufrir de este modo, ¿no es poner el pie en el egoísmo? Horribles pensamientos le atravesaban la con-

ciencia y se la herían. Se interrogaba de buena fe y reconocía doblez en sí misma. Había en ella una mujer que razonaba y una mujer que sentía, una mujer que sufría y una mujer que no quería sufrir más. Recordaba los juegos de su infancia, transcurrida sin comprender la dicha que encerraba, y cuyas límpidas imágenes se agolpaban á su mente como para causarle las decepciones de un matrimonio, ventajoso á los ojos del mundo, pero horrible en realidad. ¿De qué le habían servido el hermoso pudor de su juventud, sus placeres reprimidos y los sacrificios hechos en el mundo? Aunque todo en ella expresase amor, se preguntaba de qué le servían entonces la armonía de sus movimientos, su sonrisa y sus gracias. Ya no le gustaba sentirse fresca y voluptuosa, del mismo modo que no gusta oír un sonido repetido sin objeto. Su misma belleza le era insoportable, como cosa inútil. Entreveía con horror que en lo sucesivo no podía ser ya una criatura completa. Su yo interior, ¿no había perdido ya la facultad de gustar las impresiones en ese delicioso momento que tanto encanto da á la vida? En lo sucesivo, la mayor parte de sus sensaciones se borrarían tan pronto como fuesen percibidas, y muchas de las que en otro tiempo la habían conmovido iban á serle indiferentes. Después de la infancia de la criatura viene la infancia del corazón. Pero su amante se había llevado á la tumba esta segunda infancia. Joven aún por sus deseos, carecía ya de aquella completa juventud de alma que da á todo, en la vida, su valor y su sabor. ¿No tenía que conservar en su interior un principio de tristeza y de confianza que arrebatara á sus emociones su súbito verdor y sus encantos? Nada había ya en el mundo que pudiese devolverle la vida que ella había esperado y que tan hermosa había soñado. Sus primeras y verdaderas lágrimas extinguían aquel fuego celeste que ilumina las primeras emociones del corazón, y tenía que lamentar siempre el no poder ser ya lo que hubiera podido ser. De esta creencia debe proceder el amargo disgusto que nos inclina á volver la cabeza cuando un nuevo placer se presenta. Julia juzgaba entonces la vida como el anciano próximo á abandonarla. Aunque se sintiese joven, la serie de sus días sin goces caía sobre su alma, se la aplastaba, y la hacía envejecer antes de tiempo. En medio de su desesperación, preguntaba al mundo lo que le daba en cambio del amor que la había ayudado á vivir y que ella había perdido. Muchas veces se preguntaba

si, en aquellos amores desvanecidos, tan castos y tan puros, no había sido el pensamiento más criminal que la acción. Se hacía culpable voluntariamente para insultar al mundo y para consolarse del hecho de no haber tenido, con aquel á quien lloraba, esa perfecta comunicación que, superponiendo las almas, aminora el dolor de la que permanece, por la seguridad de haber gozado completamente de la dicha, de haber sabido darla plenamente y de guardar en sí un resto de lo que ya no existe. Estaba descontenta como la actriz que no ha hecho el papel á su gusto, y aquel dolor le abrazaba todas las fibras, el corazón y la cabeza. Si la naturaleza estaba atacada en sus deseos más íntimos, la vanidad no estaba menos herida que la bondad que inclina á la mujer á sacrificarse. Haciéndose de continuo todo género de preguntas, removiendo todos los resortes de las diferentes existencias que nos procura la triple naturaleza social, moral y física, agotaba de tal modo las fuerzas de su alma, que en medio de las reflexiones más contradictorias no podía sacar nada en limpio. A veces, cuando la niebla aumentaba, abría la ventana y permanecía allí sin pensar en nada, ocupada en respirar maquinalmente el olor húmedo y terroso extendido por los aires, de pie, inmóvil é idiota en apariencia, pues los zumbidos de su dolor la hacían igualmente sorda á las armonías de la naturaleza que á los encantos del pensamiento.

Un día, á eso de las doce, en el momento en que el sol había despejado el tiempo, su camarera entró sin orden suya, y le dijo:

—Esta es la cuarta vez que el señor cura viene á ver á la señora marquesa, insistiendo hoy con tal terquedad, que no sabemos qué responderle.

—Sin duda querrá dinero para los pobres de la comarca. Tome usted veinticinco luises y lléveselos de mi parte.

—Señora—dijo la camarera volviendo algunos minutos después,—el señor cura se niega á aceptar el dinero y desea hablarle á usted.

—¡Que entre, pues!—respondió la marquesa haciendo un gesto de mal humor, que pronosticaba una triste recepción para el sacerdote, cuyas persecuciones quería evitar teniendo con él una explicación franca y corta.

La marquesa había perdido á su madre siendo aún muy niña, y, como es natural, en su educación había influido mucho el relajamiento que, durante la Revolución, desató los

lazos religiosos en Francia. La piedad es una virtud de mujer que sólo las mujeres saben transmitir bien, y la marquesa era una niña del siglo xviii, cuyas creencias filosóficas fueron las de su padre. No ejecutaba ninguna práctica religiosa. Para ella, un sacerdote era un funcionario público cuya autoridad le parecía contestable. En la situación en que se encontraba, la voz de la religión no podía hacer más que envenenar sus males, y como, por otra parte, no tenía mucha fe en los curas de aldea y en sus luces, resolvió mantener á alguna distancia al que deseaba verla, y, sin acritud, desembarazarse de él dándole algo, como acostumbra á hacer los ricos. El cura se presentó, y su vista no hizo cambiar las ideas de la marquesa. Vió un hombrecito gordo, de vientre saliente, de cara rojiza, pero viejo y arrugado, y que afectaba sonreír, aunque sonreía mal; su cráneo calvo y transversalmente arrugado por numerosas arrugas, formaba un cuarto de círculo sobre su rostro y lo completaba; algunos cabellos blancos adornaban la parte inferior de su cabeza, por encima de la nuca, volviendo después hacia las orejas. No obstante, la fisonomía de este sacerdote había sido la de un hombre de buen humor por naturaleza. Sus gruesos labios, su nariz ligeramente remangada y su barba, que desaparecía bajo un doble pliegue de arrugas, daban muestras de su agradable carácter. La marquesa no vió al principio más que estos rasgos principales; pero, á la primera palabra que le dirigió el sacerdote, quedó sorprendida por la dulzura de aquella voz; lo contempló con más atención y observó que, bajo sus grisáceas cejas, se movían unos ojos que habían llorado; por otra parte, el contorno de su mejilla vista de perfil daba á aquella cabeza tan angusta expresión de dolor, que la marquesa vió un hombre en aquel cura.

—Señora marquesa, los ricos no nos pertenecen más que cuando sufren, y los sufrimientos de una mujer casada, joven, hermosa y rica, que no ha perdido hijos ni padres, se adivinan, y son causados por heridas cuyos dolores sólo pueden ser aliviados por la religión. Señora, el alma de usted está en peligro. No le hablo á usted en este momento de la otra vida que nos espera; no, ahora no estoy en el confesonario. Pero ¿no tengo yo el deber de iluminarla á usted respecto al porvenir de su existencia social? Perdone usted, pues, á un anciano una importunidad, cuyo objeto único es velar por su propia dicha de usted.

—Señor, la dicha no existe ya para mí. Como usted acaba de decir, le perteneceré muy pronto y para siempre.

—No, señora; el dolor que la oprime y que se pinta en sus facciones, no la matará. Si usted tuviese que morir de él, no estaría usted en Saint-Lange. El hombre perece más bien por los efectos de un pesar seguro, que por los de las esperanzas mentidas. Yo he conocido dolores mucho más terribles é intolerables, que no por eso han matado á los que los sufrían.

La marquesa hizo un signo de incredulidad.

—Señora, conozco á un hombre cuya desgracia fué tan grande, que sus penas de usted parecerían insignificantes si las comparase con las de aquel...

Fuese que su prolongada soledad empezase á cansarla, ó ya porque le fuera grata la perspectiva de poder comunicar á un corazón amigo sus dolorosos pensamientos, es lo cierto que la marquesa miró al cura con aire interrogativo que no dejaba lugar á duda.

—Señora—repuso el sacerdote,—este hombre era un padre que, de una numerosísima familia que había tenido, sólo le quedaban tres hijos. Perdió sucesivamente á sus padres, y á una hija y á su mujer, que le eran ambas muy queridas. El pobre hombre permanecía solo en el fondo de una provincia, ocupando una casa que le recordaba días de dicha. Sus tres hijos estaban en el ejército, y todos ellos tenían un grado proporcionado á sus años de servicio. Durante los Cien Días, el mayor pasó á formar parte de la guardia y obtuvo el grado de coronel; el segundo era jefe de batallón en artillería, y el menor era jefe de escuadrón de dragones. Estos hijos, señora, amaban tanto á su padre como su padre los amaba á ellos. Si conociese usted la apatía de los jóvenes que, llevados de sus pasiones, no les queda tiempo para entregarse á los afectos de la familia, comprendería usted con un solo hecho la intensidad de su cariño por un pobre anciano aislado que sólo vivía por ellos y para ellos. No pasaba semana que no recibiese carta de alguno de sus hijos. Pero bueno es también advertir que no se había mostrado nunca débil con ellos, cosa ésta que contribuye á disminuir el respeto de los hijos; ni injustamente severo, cosa que los hiere; ni avaro de sacrificios, cosa que conduce á alejarlos del regazo paterno. No; más que padre, había sido para ellos un hermano, un amigo. Cuando llegó el momento de la

marcha para Bélgica, fué á decirles adiós, á París, pues deseaba ver si tenían buenos caballos y si les faltaba algo. Una vez despedidos, el padre vuelve á su hogar. La guerra empieza y el padre recibe noticias de Fleurus y de Ligny: todo iba bien. Por fin, se libra la batalla de Waterloo, y ya conoce usted su resultado. Este solo golpe sembró el duelo y la desolación en Francia. Como usted comprenderá, señora, el pobre padre esperaba, no tenía sueño ni descanso, leía las gacetas é iba todos los días en persona al correo. Una noche, le anuncian al criado de su hijo el coronel. Al ver á este hombre montado en el caballo de su amo, no tuvo necesidad de preguntarle nada: el coronel había muerto partido en dos por una bala de cañón. Algo entrada ya la noche, llega á pie el criado del más joven, que había muerto al día siguiente de la batalla. Por fin, á las doce de la noche, se presenta un artillero á comunicarle la muerte de su último hijo, en el cual cifraba su padre toda su dicha y esperanzas. Sí, señora, los tres habían caído.

Después de una pausa que el sacerdote empleó en vencer sus emociones, añadió estas palabras con cariñosa voz:

—Y el padre vive aún, señora. Comprendió que cuando Dios lo dejaba en la tierra, era porque tenía que sufrir en ella, y se refugió en el seno de la religión. ¿Qué había de hacer?

La marquesa fijó sus ojos en la cara de aquel cura, que estaba sublime de tristeza y de resignación, y esperó estas palabras, que le arrancaron las lágrimas:

—No podía hacer nada más que ser sacerdote, señora, pues estaba consagrado por las lágrimas antes de haberlo sido al pie de los altares.

Un profundo silencio reinó durante algunos momentos. La marquesa y el cura miraron por la ventana el brumoso horizonte, como si pudiesen ver en él á los que ya no existían.

—Pero no se hizo sacerdote de una ciudad, señora, sino simple cura de aldea—repuso el clérigo.

—¿En Saint-Lange?—dijo la marquesa enjugándose los ojos.

—Sí, señora.

La majestad del dolor nunca se mostró más grande que en Julia, y aquel: «Sí, señora» le quitaba del corazón el peso de un dolor infinito. Aquella voz que resonaba suave-

mente al oído, conmovía las entrañas. ¡Ah! era indudablemente la voz de la desgracia, esa voz clara y grave, que parece llevar consigo penetrantes flúidos.

—Padre—dijo respetuosamente la marquesa,—y si no muero, ¿qué va á ser de mí?

—¿No tiene usted una hija?

—Sí—dijo la marquesa con frialdad.

El cura dirigió á la marquesa una mirada semejante á la que dirige el médico al enfermo que está en peligro, y resolvió hacer todos los esfuerzos posibles para disputársela al genio del mal, que tendía ya su mano sobre ella.

—Ya lo ve usted, señora, tenemos que vivir con nuestros dolores, y la religión es la única que nos ofrece consuelos verdaderos. ¿Me permitirá usted que venga á hacerle oír la voz de un hombre que sabe simpatizar con todas las penas, y que me parece que no tiene nada de odioso?

—Sí, padre, venga usted. Le agradezco en el alma que haya pensado en mí.

—Pues bien, señora, hasta muy pronto.

Aquella visita dilató, por decirlo así, el alma de la marquesa, cuyas fuerzas habían sido excitadas violentamente por el pesar y por la soledad. El sacerdote le dejó en el corazón un perfume balsámico y el saludable eco de las palabras religiosas. No tardó mucho en experimentar esa especie de satisfacción que regocija al prisionero cuando, después de haber reconocido la profundidad de su soledad y la pesadez de sus cadenas, encuentra un vecino que golpea el muro haciéndole oír sonidos que expresan la existencia de pensamientos comunes. Julia tenía un confidente inesperado. Pero no tardó en caer de nuevo en sus amargas contemplaciones, y se dijo, como el prisionero, que un compañero de dolor no aliviaba sus penas ni su porvenir. El cura, en su primera visita, no quiso asustar á aquel dolor demasiado egoísta, pero esperó que, obrando con arte, la religión había de hacer nuevos progresos en la segunda entrevista. En efecto, dos días después, volvió á ir, y la acogida de la marquesa le probó que su visita era deseada.

—Y bien, señora marquesa—dijo el anciano,—¿ha pensado usted en la masa de los sufrimientos humanos? ¿ha levantado usted los ojos al cielo? ¿ha visto usted en él esa inmensidad de mundos que, disminuyendo nuestra importancia y aplastando nuestras vanidades, aminoran nuestros dolores?

—No, padre—respondió Julia.—Las leyes sociales pesan demasiado sobre mi corazón, y me lo desgarran con demasiada fuerza, para que pueda elevarme á los cielos. Pero las leyes no son, sin duda, tan crueles como lo son las costumbres del mundo.

—Señora, tenemos que obedecer á unas y á otras: la ley es la palabra, y las costumbres son las acciones de la sociedad.

—¿Obedecer á la sociedad?—repuso la marquesa dejando escapar un gesto de horror.—¡Eh! señor, todos nuestros males provienen de ahí. Dios no ha hecho ninguna ley que acarree la desgracia, y los hombres, al reunirse, han falseado su obra. Nosotras, las mujeres, nos vemos más maltratadas por la civilización, de lo que pudiéramos serlo por la naturaleza. La naturaleza nos impone penas físicas que ustedes no han sabido aliviar, y la civilización ha desarrollado sentimientos que los hombres burlan incesantemente. La naturaleza ahoga á los seres débiles, mientras que los hombres los condenan á vivir para entregarlos á una constante desdicha. El matrimonio, institución en que se basa hoy la sociedad, sólo á nosotras nos deja sentir su peso: para el hombre, la libertad; para la mujer, los deberes. Nosotras debemos al hombre toda nuestra vida, cuando él no nos la debe á nosotras más que raros instantes. Por otra parte, el hombre puede elegir, mientras que nosotras tenemos que someternos ciegamente. ¡Oh! señor, á usted puedo decirselo todo. El matrimonio, tal como se practica hoy, me parece una prostitución legal. De ahí nacen mis sufrimientos. Pero de todas las criaturas que sufren á causa de un fatal desenlace, yo soy la que más debo callar, yo sola soy la autora de todo mi mal, pues yo sola quise mi matrimonio.

Y guardó silencio, derramando amargas lágrimas.

—En medio de esta profunda miseria y de este océano de dolor—repuso la marquesa,—había encontrado algunas dunas que daban apoyo á mis pies, y en las que sufría con gusto; pero un huracán se lo ha llevado todo, y heme ya sola y sin apoyo para soportar las tormentas.

—Nunca estamos solos cuando está Dios con nosotros—dijo el sacerdote.—Por otra parte, si no tiene usted carifio á que corresponder aquí abajo, ¿no tiene usted deberes que llenar?

—¡Siempre deberes!—exclamó Julia con una especie de

impaciencia.—Pero ¿en dónde están para mí los sentimientos que nos dan fuerza para cumplir los deberes? Señor, nada de nada ó nada por nada es una de las leyes más justas de la naturaleza física y moral. ¿Pediría usted que estos árboles tuviesen su follaje sin la savia que les da vida? El alma también tiene su savia, y para mí la savia está agotada desde un principio.

—No le hablaré á usted de los sentimientos religiosos que engendran la resignación—dijo el cura;—pero, señora, ¿no es acaso la maternidad?...

—Alto ahí, padre—dijo la marquesa,—con usted seré sincera. ¡Ay de mí! en lo sucesivo ya no podré serlo con nadie, pues estoy condenada á la hipocresía; el mundo me lo ordena así, y, so pena de oprobio, tenemos que obedecer á sus convenciones. Existen dos maternidades, señor. Antes ignoraba que existiesen tales distinciones: hoy las conozco. Yo no soy madre más que á medias, y me sería preferible no serlo en absoluto. ¡Elena no es fruto de él! ¡Oh! no tiemble usted. Saint-Lange es un abismo donde se han sumergido muchos falsos sentimientos, de donde han brotado siniestros resplandores, y donde se han aplastado los frágiles edificios de las leyes antinaturales. Tengo una hija, y eso basta; soy madre porque así lo quiere la ley. Pero usted, señor, que posee un alma tan delicadamente compasiva, acaso comprenda los gritos de una pobre mujer que no ha dejado penetrar en su corazón ningún sentimiento ficticio. Dios me juzgará; pero no creo faltar á mis deberes cediendo á los afectos que él ha comunicado á mi alma, y he aquí lo que pienso. Padre, ¿no es un hijo la imagen de dos seres y el fruto de dos sentimientos libremente confundidos? Si no es dueño de todas las fibras del cuerpo y de todas las ternuras del corazón, si no recuerda los deliciosos amores, los tiempos y los lugares en que esos dos seres fueron felices, y su lenguaje lleno de armonía, y sus suaves ideas, dicho hijo es una creación errada. Sí, para ellos debe ser una maravillosa miniatura, donde pueden volver á contemplar los poemas de su doble vida secreta. Debe ofrecerles un manantial de fecundas emociones, y ser á la vez todo su pasado y todo su porvenir. Mi pobrecita Elena es la hija de su padre, la hija del deber y de la casualidad, y no encuentra en mí más que el instinto de mujer, la ley que nos inclina irresistiblemente á proteger á la criatura nacida

en nuestro seno. Socialmente hablando, soy irreproachable. ¿No le he sacrificado mi vida y mi dicha? Sus gritos conmueven mis entrañas, y si la viese caer al agua, no vacilaría en arrojarme tras ella para salvarla. Pero no posee en absoluto mi corazón, porque el amor me ha hecho soñar con una maternidad más grande, más completa: en sueños que ya se han desvanecido, he acariciado al hijo que los deseos concibieron antes de que fuese engendrado, á esa deliciosa flor nacida en el alma antes de aparecer en el exterior. En el orden natural, yo soy para Elena lo que una madre tiene que ser para su progenitura. Cuando no necesite ya de mí, todo habrá terminado: extinguida la causa, los efectos cesarán. Si la mujer tiene el adorable privilegio de abrazar con su amor toda la vida de su hijo, ¿no es preciso atribuir esta divina persistencia del sentimiento á los reflejos de su concepción moral? Cuando el hijo no ha tenido el alma de su madre por primera envoltura, la maternidad cesa en su corazón al mismo tiempo que cesa en los animales. Esto es una verdad, y yo la siento en mi interior; á medida que mi pobrecilla hija crece, mi corazón va disminuyendo su afecto. Los sacrificios que he hecho yo por ella me han alejado un tanto, mientras que conozco que, para otro hijo, mi corazón hubiera sido inagotable; para este otro, nada hubiera sido sacrificio, todo hubiese sido placer. En esta materia, padre: razón, la razón, la religión y todo, me parece débil contra mis sentimientos. ¿Hace acaso mal en querer morir la mujer que no es madre ni esposa, y que, por desgracia, ha entrevisto el amor con sus infinitas bellezas y la maternidad con sus ilimitados goces? ¿Qué puede llegar á ser de ella? Yo le diré á usted lo que experimento. Cien veces durante el día y otras cien durante la noche, un escalofrío estremece mi cabeza, mi corazón y mi cuerpo, cuando algún recuerdo, que yo combato con debilidad, trae á mi mente las imágenes de una dicha que yo supongo más grande de lo que es en realidad. Estas crueles fantasías hacen palidecer á mis sentimientos, y me digo: «¿Qué hubiera sido, pues, mi vida si...?»

Y ocultándose el rostro entre las manos, rompió en amargo llanto.

—He aquí el fondo de mi corazón — repuso. — Un hijo suyo me hubiera hecho soportar las más horribles desgracias. El Dios que murió cargado con todas las faltas de la tierra, me perdonará este sentimiento, mortal para mí; pero ya sé

que el mundo es implacable: para él, mis palabras son blasfemias, y con esto insulto á todas las leyes. ¡Ah! ¡quisiera hacer la guerra á ese mundo, para destruir y renovar todas sus leyes y costumbres! ¿No me ha herido en todas mis ideas, en todas mis fibras, en todos mis sentimientos, en todos mis deseos, en todas mis esperanzas, en el porvenir, en el presente y en el pasado? Para mí, el día está lleno de tinieblas, el pensamiento es un puñal, mi corazón es una llaga, y mi hija una negación. Sí; cuando Elena me habla, quisiera que tuviera otra voz, y cuando me mira, quisiera que tuviese otros ojos. Ella está aquí para atestiguar todo lo que tendría que ser y todo lo que no es. ¡Me es insostenible! Le sonrío, procuro indemnizarla de los sentimientos que le robo, pero sufro mucho, padre mío, sufro demasiado para poder vivir. ¡Y pasaré plaza de mujer virtuosa! ¡Y no he cometido faltas! ¡Y me honrarán! He combatido el amor involuntario, al que no debía ceder; pero, si he conservado mi fe física, ¿he guardado también mi corazón? Esto — dijo apoyando la mano derecha en su seno — no ha pertenecido nunca más que á una sola criatura. Por eso mi hija no se engaña. Existen miradas, voces y gestos de madre, cuya fuerza basta para formar el alma de los hijos; y mi pobre hija no siente temblar mi brazo, estremecerse mi voz, ni enternecerse mis ojos cuando la miro, le hablo ó la cojo. ¡Me dirige miradas acusadoras que yo no puedo sostener! A veces tiemblo ante la idea de encontrar en ella un tribunal, que me ha de condenar sin querer oírme. Quiera el cielo que el odio no llegue á nacer nunca entre nosotras. ¡Gran Dios! ¡bridme antes la tumba, haced que acabe mis días en Saint-Langel! ¡Deseo ir al mundo donde he de encontrar mi otra alma, donde he de ser madre del todo! ¡Ah! ¡también usted llora! ya veo que no me despreciará. ¡Elena! ¡Elena! ¡hija mía, ven! — exclamó con una especie de desesperación al oír que su hija volvía del paseo.

La niña acudió riéndose y gritando. Llevaba una mariposa que había cogido; pero, al ver que su madre lloraba, se calló, se colocó á su lado, y se dejó besar en la frente.

—Va á ser muy guapa — dijo el sacerdote.

—Es el retrato de su padre — respondió la marquesa abrazando á su hija con calmosa expresión, cual si deseara desquitar una deuda ó borrar algún remordimiento.

—¡Qué calor tiene usted, mamá!

—Vete, déjanos, ángel mio—respondió la marquesa.

La niña se marchó sin pesar, sin mirar á su madre, y contenta casi de huir de un rostro triste, como si comprendiese ya que los sentimientos que se pintaban en él le eran contrarios. La sonrisa es el dote, la lengua y la expresión de la maternidad. La marquesa no podía sonreír, y al mirar al sacerdote se ruborizó, porque había esperado mostrarse madre; pero ni ella ni su hija supieron mentir. En efecto, los besos de una mujer sincera tienen una miel divina que parece poner en esa caricia un alma, un fuego sutil que penetra el corazón. Los besos desprovistos de esta sabrosa unción, son ásperos y secos. El sacerdote notó esta diferencia, y tuvo ocasión de sondear el abismo que existe entre la maternidad de la carne y la maternidad del corazón. Así es que, después de haber dirigido á aquella mujer una mirada inquisitorial, le dijo:

—Tiene usted razón, señora; valdría más que usted se muriese.

—¡Ah! veo que comprende usted mis sufrimientos, toda vez que, siendo sacerdote cristiano, adivina y aprueba las funestas resoluciones que me han inspirado. Sí, quise darme la muerte, pero me faltó el valor necesario para cumplir mi designio. Cuando mi alma era fuerte, mi cuerpo fué cobarde; y cuando mi mano no temblaba, mi alma vacilaba. Ignoro el secreto de estos combates y de estas alternativas. Sin duda soy demasiado mujer, sin persistencia en mis deseos y fuerte únicamente para amar. ¡Me desprecio! Por la noche, cuando mis criados dormían, me encaminaba valerosamente hacia el estanque, y cuando llegaba á él, mi frágil naturaleza sentía horror por la destrucción. Confieso á usted mis debilidades. Cuando volvía á acostarme, me avergonzaba de mí misma y recobraba el valor. En uno de esos momentos tomé láudano, pero he sufrido, y no me he muerto. Creí que me había bebido todo lo que contenía el frasco, cuando me había detenido en la mitad.

—Está usted perdida, señora—dijo el cura gravemente y con voz entrecortada por las lágrimas.—Volverá usted al mundo y la engañará, y buscará usted y encontrará en él lo que usted considera como una compensación á sus males; después, llegará un día en que sufrirá la pena que corresponde á sus placeres.

—¡Cómo! ¿que iré yo á entregar, al primer falso que sepa desempeñar la comedia de una pasión, las últimas y las más preciosas riquezas de mi corazón, y á corromper mi vida por un momento de placer?—exclamó Julia.—Mi alma se consumirá como una llama pura. Señor, todos los hombres tienen algunos de los encantos de su sexo, pero el que conquista nuestra alma y satisface todas las exigencias de nuestra naturaleza, cuya melodiosa armonía no brota más que bajo la presión de los sentimientos, ese no se encuentra dos veces en la vida. Ya sé que mi porvenir es horrible: la mujer no es nada sin el amor, y la belleza no es nada sin el placer; pero si me fuese posible recobrar la dicha, ¿no me la reprobaría el mundo? Debo á mi hija el derecho á tener una madre honrada. ¡Ah! me encuentro encerrada en un círculo de fuego, del que no puedo salir sin ignominia. Los deberes de la familia, llevados sin recompensa, acabarán por aburrirme; maldeciré la vida; pero mi hija tendrá al menos un hermoso ejemplo de madre. Para reemplazar los tesoros de cariño que le debo, la dotaré con tesoros de virtud. Ni si quiera deseo vivir para gustar de los goces que proporciona á las madres la felicidad de sus hijos. Yo no creo en la felicidad. ¿Cuál será la suerte de Elena? Acaso lo mismo que la mía. ¿Qué medios tienen las madres para asegurar á sus hijas que el hombre á quien se entregan ha de ser un esposo que cautivará su corazón? El mundo difama á las pobres criaturas que se venden por algunos escudos al primer hombre que llega; pero el hambre y la necesidad absuelven esas uniones efímeras, mientras que la sociedad tolera y procura la unión inmediata y no menos horrible de una joven cándida con un hombre á quien no ha visto tres meses y al cual se vende por toda su vida. ¡Es verdad que la recompensa es elevada! Si al menos se la honrase, ya que no existe compensación para sus dolores, menos mal; pero no, el mundo calumnia á las más virtuosas. Tal es nuestro destino, visto bajo sus dos aspectos: una prostitución pública y la vergüenza, una prostitución secreta y la desgracia. Respecto á las pobres muchachas que no tienen dote, se vuelven locas y mueren; para ellas no hay piedad. La belleza y las virtudes no tienen valor en nuestro bazar humano; ¡y llaman sociedad á esta guarida de egoísmo! Pero ¿por qué no se deshereda á las mujeres? De este modo, al menos cumplirían los hombres una ley de la naturaleza, escogiendo á su

gusto una compañera y casándose con la mujer que supiese conquistarles el corazón.

—Señora, sus palabras de usted me prueban que ni el espíritu de familia ni el espíritu religioso la conmueven. Por eso creo que no titubeará usted entre el egoísmo social que la hiere y el egoísmo individual que le hará desear goces.

—¿Existe acaso la familia, padre? Yo la niego en una sociedad en que, á la muerte del padre ó de la madre, se reparten los bienes y se manda que cada uno vaya por su lado. La familia es una asociación temporal y fortuita que no tarda en ser disuelta por la muerte. Nuestras leyes han destruido las casas, las herencias y la perpetuidad de los ejemplos y de las tradiciones. No veo más que escombros en torno mío.

—Señora, usted no se volverá hacia Dios hasta que le haga sentir el peso de su mano, y ojalá que tenga usted tiempo para hacer las paces con Él. Busca usted consuelo bajando los ojos á tierra, en lugar de levantarlos al cielo. El filosofismo y el interés personal han herido su corazón; y usted se muestra sorda á la voz de la religión como se muestran los hijos de este siglo sin creencias. Los placeres del mundo no engendran más que sufrimientos. Usted no hará más que cambiar de penas.

—Procuraré que su profecía no salga cierta, y seré fiel al que murió por mí—dijo la marquesa sonriéndose con amargura.

—El dolor no es viable más que en las almas preparadas para la religión—respondió el cura.

Y bajó respetuosamente los ojos para no dejar ver las dudas que pudieran pintarse en su mirada. Lo enérgico de las quejas escapadas á la marquesa le habían contristado. Reconociendo el yo humano bajo sus mil formas, desesperó de ablandar aquel corazón que el mal había disecado en lugar de enternecer, y donde el grano del Sembrador celeste no debía germinar, toda vez que su cariñosa voz había sido ahogada por el grande y terrible clamor del egoísmo. Empero, no dejó por eso de desplegar la constancia del apóstol, y volvió varias veces á visitarla, llevado siempre de la esperanza de volver hacia Dios á aquella alma tan noble y tan orgullosa; pero perdió la esperanza el día en que vió que la marquesa no quería hablar con él, nada más que porque encontraba un placer en recordar á aquel que ya no existía. No quiso, pues, rebajar su ministerio mostrándose complaciente

con una pasión, cesó en sus entrevistas y logró paulatinamente que la conversación fuese perdiendo aquel carácter.

La primavera llegó. La marquesa encontró satisfacciones en medio de su profunda tristeza; pues no sabiendo qué hacer, se ocupó de sus tierras, ordenando que se hiciesen en ellas algunos trabajos. En el mes de octubre dejó su antiguo palacio de Saint-Lange, donde se había vuelto á poner fresca y hermosa en medio de la ociosidad de un dolor que, si fué violento en un principio, acabó por amortiguarse poco á poco en medio de la melancolía. La melancolía se compone de una serie de oscilaciones morales, de las que la primera linda con la desesperación y la última con el placer: en la juventud es el crepúsculo de la mañana; en la vejez es el de la noche.

Cuando su calesa pasó por la aldea, la marquesa recibió el saludo del cura, que iba de la iglesia á su presbiterio; pero, al responder á él, Julia bajó los ojos y volvió la cabeza para no volver á verlo. El sacerdote tenía razón sobrada contra esta pobre Artemisa de Efeso.

III

A LOS TREINTA AÑOS

Un joven de porvenir, y que pertenecía á una de esas familias cuyos nombres estarán siempre, á despecho de las leyes, íntimamente unidos á la gloria de Francia, se encontraba en el baile de la señora Firmiani. Esta dama le había dado algunas cartas de recomendación para tres ó cuatro amigos suyos de Nápoles. Don Carlos de Vandenesse (pues así se llamaba este joven) iba á darle las gracias y á despedirse de ella. Después de haber desempeñado varios cargos con talento, Vandenesse había sido agregado á uno de los ministros plenipotenciarios enviados al congreso de Laybach, y quería aprovechar su viaje para estudiar Italia. Esta fiesta era, pues, una especie de adiós á los goces de París, á esa vida alegre, á ese torbellino de pensamientos y de placeres, á los que se calumnia muchas veces, pero á los que tan